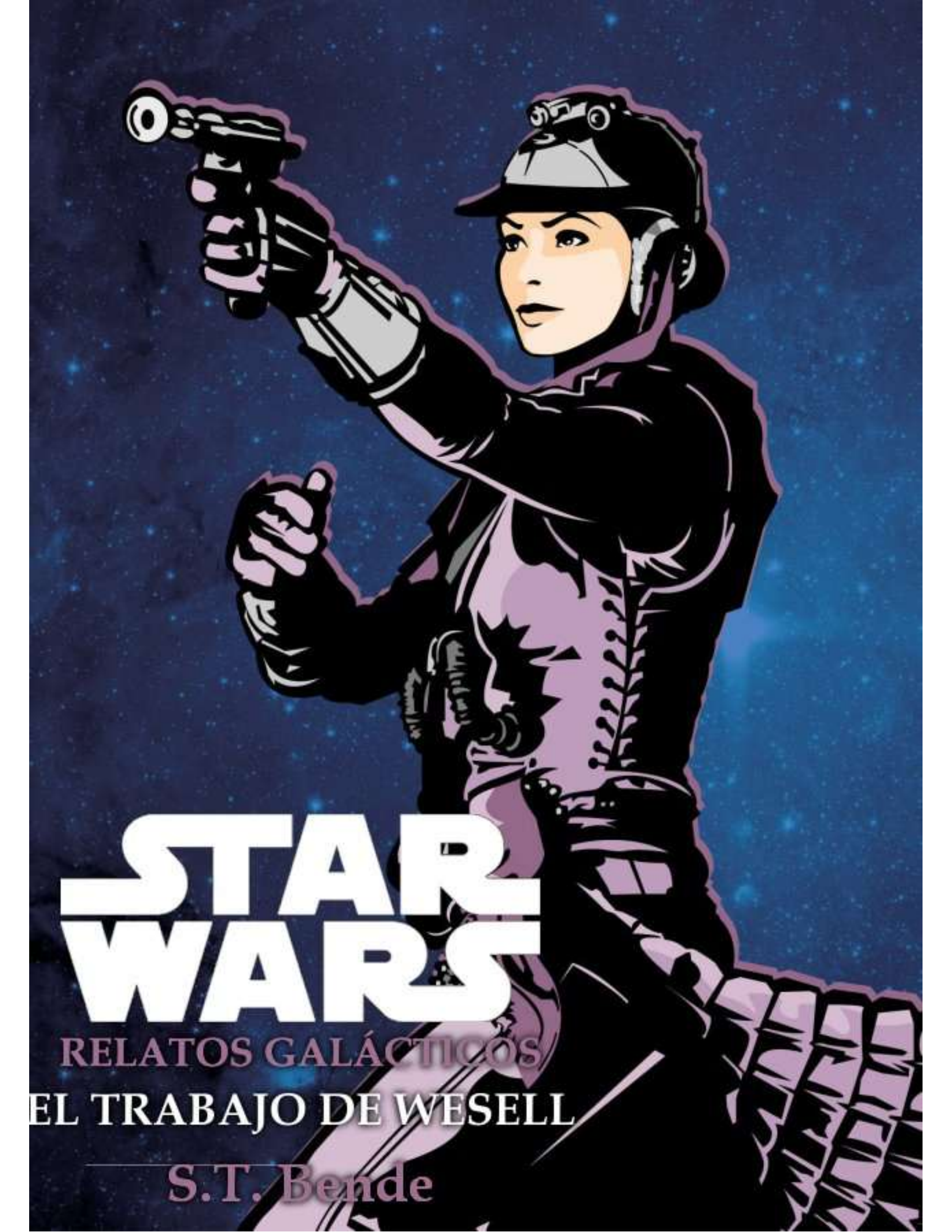

STAR WARS
RELATOS GALÁCTICOS
EL TRABAJO DE WESELL
S.T. Bende

Zam Wesell y Jango Fett unen fuerzas en este relato corto.



El trabajo de Wesell

S. T. Bende



NUEVO CANON

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Galactic Tales: The Wesell Run*[1]

Autora: S. T. Bende

Publicado originalmente en *Star Wars Insider 209*

Publicación del original: marzo 2022

22 años o más antes de la batalla de Yavin

Traducción: Spectro6

Revisión: Bodo-Baas

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

17.03.22

Base LSW v2.22

[1] *N. del E.* El título original es un juego de palabras entre el apellido de Zam Wesell, y «The Kessel Run», la peligrosa ruta al planeta Kessel que Han Solo mencionó en el Episodio IV, y se exploró en su película.

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Zam Wesell bajó sus macrobinoculares y se arrodilló. La clawdite había pasado la mayor parte del día explorando la residencia de su actual objetivo: un rico coleccionista que tenía una gran deuda con el Clan Bancario Intergaláctico. Zam sabía que Sinvatt Bovic haría todo lo posible para proteger sus reliquias y a sí mismo. Las cámaras ocultas, el regimiento de droides de seguridad y los guardias humanos que patrullaban su recinto amurallado serían fáciles de superar. Pero Zam no esperaba encontrarse con tres protectores que llevaban capas púrpuras con broches plateados y negros. Podía manejar a un Mabari… Zam rara vez fallaba en su disparo, y aunque la antigua orden de guerreros/caballeros eran casi inmunes a los proyectiles, un disparo bien dirigido podía distraer a uno lo suficiente como para que Zam se pusiera a su alcance. Pero tres trabajando en conjunto la superarían fácilmente. O peor…

Zam podría desplegar gas tóxico, o hacer estallar un explosivo de gran tamaño. Pero ambas opciones conllevaban el riesgo de matar a Bovic. La única manera de capturar a su objetivo con vida era pedir un favor a un formidable aliado. Y los años de Zam con los Mabari le habían enseñado que los únicos guerreros que los protectores de Bovic realmente temían llevaban beskar.

Las manos de Zam se cerraron en un puño mientras se arrastraba silenciosamente hasta su speeder y se ponía en contacto con el único cazarrecompensas en el que casi siempre había confiado.

—Necesito una ayuda —admitió. Una voz sin emoción crepitó a través del comunicador—. ¿No es así siempre?

—¿Quieres los créditos o no? —Zam se quejó—. La mitad de los honorarios son tuyos si me ayudas a traer este objetivo. Y es uno grande.

Tras una tortuosa pausa, un suspiro llenó la cabina.

—Envíame las coordenadas. Estoy en camino.

* * *

La respiración de Zam se aceleró cuando la familiar silueta de la nave de exploración clase *Firespray* de Jango Fett aterrizó en el valle iluminado por la luna de Fytoun. Ella le informó rápidamente de su misión, comprobando su rifle mientras él comprobaba sus blasters.

—Pensé que solías ser un Mabari. —Jango se cruzó de brazos—. ¿Cuál es el problema? ¿No puedes manejar a uno de los tuyos?

—Hay tres de ellos. —Zam dijo con los dientes apretados—. Y tú estás aquí ahora, así que vamos a terminar con esto y podemos ir por caminos separados. Otra vez.

—Lo que tú digas.

Jango marchó en silencio a través del follaje. Zam lo vigiló con cautela mientras se dirigían al complejo y disparaban a las cámaras exteriores. Desactivaron los droides de

seguridad y aturdieron a los humanos armados, y luego se acercaron a las cámaras interiores del colector. Jango bajó su visor para mirar a través de la pared. Levantó dos dedos, confirmando la presencia de los dos Mabari apostados fuera del estudio de Bovic. El tercer guardia debía de haber salido a patrullar, un obstáculo que Zam cruzaría una vez que saltara sobre ella, con la espada desenvainada.

A la señal de Jango, Zam detonó el muro. Ignoró el escozor de un fragmento de metralla de madera que le rozó la mejilla y se dirigió hacia el agujero recién abierto. Jango disparó dos ráfagas de blaster por encima de su hombro. Sus disparos alcanzaron a los Mabari, pero los guardias permanecieron erguidos a ambos lados de las imponentes puertas carmesí de las cámaras interiores.

—¡Los rayos blaster no funcionan con ellos!

Gritó Zam, arrancando su vibroespada del cinturón mientras corría por el pasillo.

—¿Dónde estaba esa información antes, Wesell?

Jango cargó hacia su izquierda. Saltó en el aire y descargó su codo sobre el cráneo del guerrero de la capa púrpura. El Mabari apenas se movió.

—¿Tengo que explicarte todo?

Zam levantó una pierna delante de ella, cayendo al suelo y deslizándose por las piedras. Su tacón chocó con la bota del guardia más corpulento y le clavó el puño a la rodilla del Mabari. Rodó hacia su izquierda, esquivando por poco a Jango cuando éste esquivó un golpe.

—Vas a hacer que me maten.

Jango gruñó cuando su puño conectó con la barbilla del guardia más alto. El Mabari escupió con rabia, pero Zam captó el parpadeo de miedo que pasó por sus ojos al recorrer con la mirada la armadura Mandaloriana de Jango.

—Si ese es el caso, aparentemente he subestimado al gran Jango Fett.

Zam se levantó de un salto. Clavó su vibroespada hacia el pecho de su oponente, pero el guardia giró y levantó su propia arma: una espada larga y curvada que hacía que la daga de Zam pareciera una baratija toydariana. La blandió y Zam saltó hacia atrás, evitando por poco la muerte por decapitación.

—Es suficiente —murmuró Jango—. Haz eso que hicimos en Snugano.

—Casi muero ese día.

Zam esquivó otro ataque.

—Sólo hazlo. Ahora.

Jango levantó el brazo izquierdo y se llevó un dedo a la muñeca. Un dardo de proyectil salió de su guantelete. Silbó en el aire antes de clavarse en la arrugada y verde frente de su víctima. El guardia retrocedió a tropezones, bajó la cabeza y cargó contra su agresor. Jango giró rápidamente. Desenfundó una vibroespada y la clavó en el muslo del guardia. El Mabari gruñó mientras se lanzaba hacia delante y aplastaba a Jango contra el suelo.

—¡Ahora, Wesell! —gritó Jango.

Zam se agachó cuando su oponente blandió su espada. Una onda familiar la recorrió mientras deseaba que sus miembros se transformaran y su piel se engrosara. Unas gruesas fibras brotaron de su carne cuando se transformó en una horrible bestia cubierta de piel. Los dedos peludos se cerraron en un puño, que estrelló contra el rostro sorprendido de su atacante. El Mabari, confundido por la repentina transformación de Zam, contraatacó con una patada dirigida a la pierna de Zam que se desvió y que ella aprovechó al máximo.

—¡Whrrraaargh! —Zam soltó un rugido feroz y estampó al protector contra una pared. Mientras el Mabari se tambaleaba para ponerse en pie, Zam lanzó una patada frontal que le hizo caer de rodillas. No cedió hasta que su oponente quedó inmóvil en el suelo.

A su lado, Jango disparó una serie de dardos a su agresor, que ahora estaba atrapado. Mientras el Mabari arañaba las púas, Jango encajó un detonador bajo el broche de la capa del guerrero.

—¡Apártate! —gritó mientras se lanzaba al otro lado de la habitación. Zam lo siguió rápidamente. Una fuerte explosión sacudió el pasillo y ella se puso en pie, cambiando apresuradamente a su forma humana. Observó los cuerpos



mientras Jango inclinaba su visor hacia las puertas carmesí, pero sólo vio estática—. Supongo que eso confirma que nuestro objetivo está aquí.

Zam se limpió la cara con la manga.

—Ciertamente eso espero.

Zam miró con desprecio, pero cambió su espada por su blaster, cuadró los hombros y ejecutó una rápida patada frontal. Cuando las puertas se abrieron de golpe, ella y Jango entraron en el estudio de Bovic. Se colocaron espalda con espalda, con las armas en alto mientras examinaban rápidamente su entorno. La sala circular estaba repleta de vitrinas y estanterías de varios niveles. Grandes cuernos enroscados y colmillos afilados descansaban junto a enormes cristales y tocados enjoyados. Mesas cubiertas con telas ricamente tejidas mostraban cráneos de distintos tamaños, mientras que en la pared detrás de la más pequeña de las dos mesas del estudio había cabezas de un wampa, un nexu y otras criaturas que Zam no podía identificar.

—Mi apuesta es que Bovic está ahí arriba. —Señaló el balcón, que albergaba una impresionante exposición de antiguas armaduras Nihil. El coleccionista podría haberse escondido detrás de uno de los trajes, o del conjunto de máscaras, o…

—Lo encontré —susurró Jango.

El cazarrecompensas disparó un rayo de blaster que hizo temblar la habitación. Rebotó en el escritorio más grande e iluminó los estantes de la pantalla que estaban detrás. La estructura se tambaleó, casi como si se hubiera movido sobre sus cimientos. Una piedra temblorosa cayó por la sala, aterrizando a los pies de un encogido Sinvatt Bovic. El traje azul marino del coleccionista se agitó mientras levantaba las manos temblorosas en señal de rendición.

—Basta —dijo. Sus ojos se dirigieron hacia arriba—. Por favor, yo… verás…

Mientras Zam se movía para cubrirlo, el tercer Mabari se dejó caer con agilidad desde el balcón. Rodeó el cuello de Zam con sus piernas, robándole el aliento mientras la tiraba al suelo. Zam intentó disparar, pero el guerrero le arrancó el blaster de las manos. Mientras perdía la conciencia, Zam vislumbró una mancha de beskar que se acercaba desde un lado. Jango golpeó con sus dos puños la sien del Mabari, pero el guerrero giró uno de sus gruesos brazos hacia atrás, golpeando la armadura de Jango, y haciéndole patinar contra una mesa. Las calaveras se hicieron añicos en el suelo cuando Zam se aferró a la Vibroespada que se le había caído. El Mabari le asestó un rodillazo reforzado en la muñeca. El dolor estalló en el brazo de Zam y se mordió el interior de la mejilla. Su captor arqueó su espada de plata en lo que seguramente sería un golpe mortal. Pero antes de que pudiera atacar, un agudo silbido atravesó el aire. El arpón de Jango rodeó el cuello del Mabari y se clavó en su hombro vestido con la capa. El guardia rugió al ser arrancado de su presa. Aterrizó con un sonoro chasquido, y su cuerpo se desplomó bajo el muro de cabezas montadas.

Zam se levantó con un tembloroso «Gracias».

—Siempre me necesitaste para salvarte. —Un gruñido bajo se acumuló en la garganta de Zam mientras recuperaba su blaster.

—Te aseguro que yo…

¡Crash!

Zam giró la cabeza justa cuando Bovic introdujo el brazo con túnica en el expositor más cercano. Sacó una cerbatana de aire alargada y se la llevó a los labios. Con un silbido, un dardo atravesó el estudio. Jango disparó una ráfaga antes de caer de rodillas y arrancarse el casco. Algún tipo de dardo había penetrado en su cuello y se había alojado firmemente justo debajo de la mandíbula. Se sacó el proyectil del cuello y respiró agitadamente. Sea cual sea el veneno que contenía el dardo, ya había entrado en su torrente sanguíneo.

Un estruendo detrás de ella hizo saber a Zam que Bovic había caído. Se giró para encontrar al coleccionista temblando violentamente. Los ojos se le pusieron en blanco mientras se desplomaba en el suelo, cayendo de espaldas sobre las piedras. Cuando su cuerpo quedó inerte, Zam maldijo.

—¡Mataste a nuestro objetivo! ¡Has arruinado este trabajo, como la última vez! Te dije que esta no era una misión de vivo o muerto, Fett. Lo necesitábamos…

Una capa de color verde se transformó rápidamente en la piel de Bovic cuando su forma humana se transformó en una forma sorprendentemente familiar. Los pómulos del hombre sobresalían con fuerza y su frente adquiría un brillo reptiliano. Zam se quedó sin aliento. No se trataba de Bovic, sino de otro clawdite, algo que no había tenido en cuenta durante el reconocimiento del edificio. ¿Pero cómo había escapado el verdadero Bovic? ¿Y dónde estaba ahora?

Sus ojos se dirigieron a la estantería. ¿Podría ser un…?

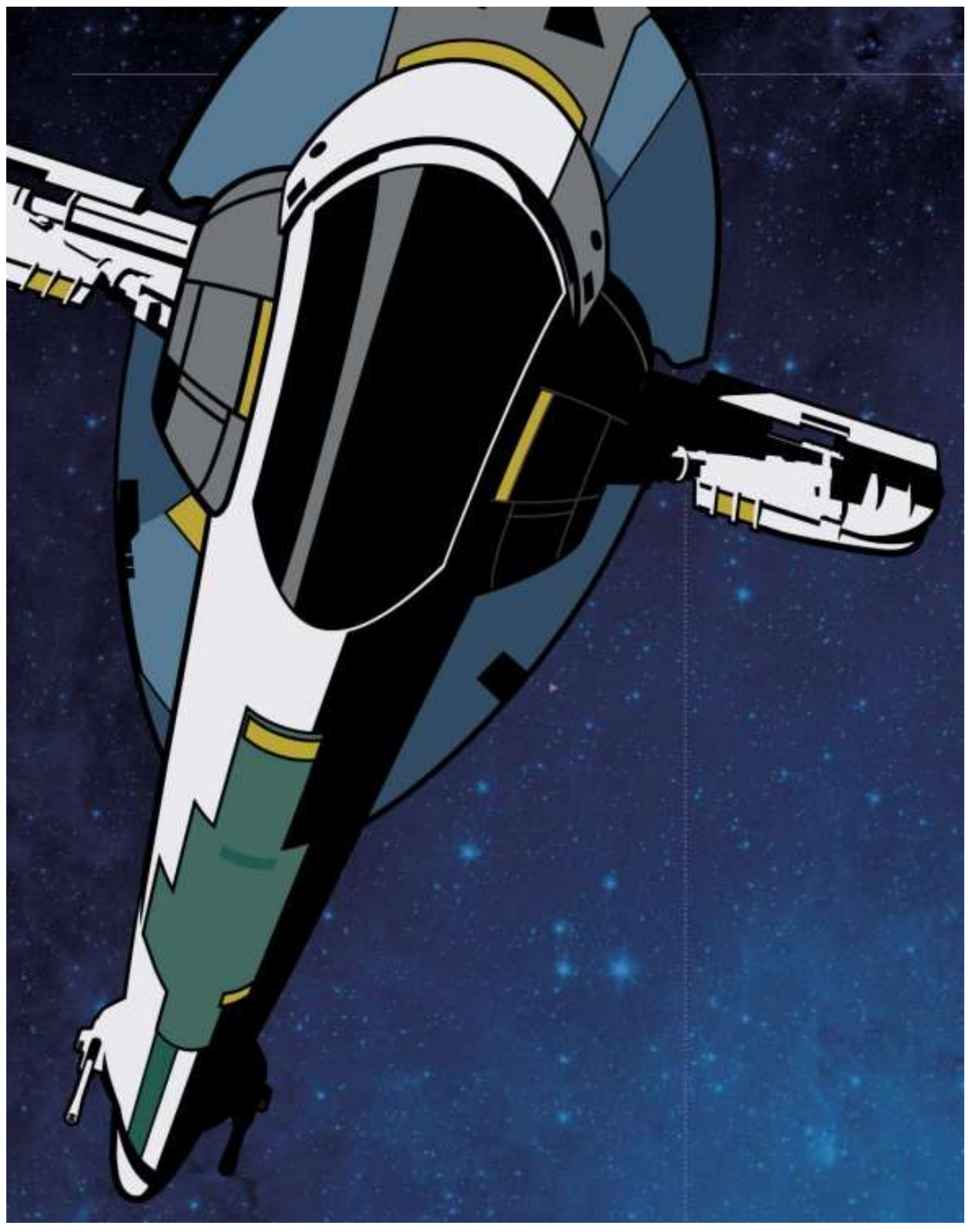
—¡Zam! —El grito de Jango la hizo retroceder. El cazarrecompensas se arrastraba por el mar de artefactos destrozados y su respiración daba paso a toses llenas de líquido.

La mirada de Zam se movía entre su compañero y la estantería. Jango había sido envenenado, pero su objetivo se estaba escapando, y cada segundo que pasaba disminuía sus posibilidades de completar este trabajo. Mientras Jango convulsionaba en un desesperado ataque de tos, Zam tomó una decisión. Giró sobre sus talones y corrió por el estudio. Saltó por encima del aturdido clawdite, examinó rápidamente el mostrador y arrancó los valiosos objetos de sus estantes. Seguro que había un activador en alguna parte. Pero los objetos se estrellaron inútilmente contra el suelo, y ninguno activó el dispositivo que podría abrir un pasadizo secreto.

—¡Oye! —dijo Jango ahogado.

Zam escudriñó rápidamente la habitación. Si no podía abrir la pared, la volaría de sus cimientos. Pero la colección de Bovic carecía de detonadores, y ella ya había agotado su propia provisión. Tal vez si el estudio albergaba un hacha vibratoria, o si uno de los trajes de armadura Nihil contenía algo explosivo. Tenía que haber algo aquí que pudiera usar…

—¡Za-am! —Jango dijo su nombre con voz áspera. La cazarrecompensas se desvió a regañadientes hacia su compañero herido. Entonces su mirada se posó en el proyectil del jetpack de Jango, y una oleada de alivio la recorrió.



—Dispara tu cohete a la estantería de la pantalla —exigió—. Disimula la entrada a un pasaje, uno que acaba de dar a Bovic la ruta de escape perfecta.

Jango se agarró el pecho.

—Ayúdame primero.

—No tengo tiempo —dijo Zam.

—Hazlo. O dispararé este cohete contra ti.

Zam entrecerró los ojos.

—No lo harías —gruñó.

—No tengo nada que perder, y lo sabes.

Zam consideró rápidamente sus opciones. Con un gemido de frustración, corrió por el estudio. Se arrodilló junto a Jango, cogió el dardo y lo deslizó bajo su nariz. El agudo aroma del veneno le produjo un escalofrío.

—Avispa Bluebarb —escupió—. Reconocería ese hedor rancio en cualquier lugar. Tenemos que localizar un antídoto.

Jango señaló el expositor destrozado.

—Prueba con el mueble que contenía… la cerbatana…

—Lo veo. —Zam se abalanzó sobre la forma derribada de una eopie bien conservada. Una simple jarra de arcilla estaba en la parte trasera del armario, sin romper. Abrió la tapa y echó un vistazo a su brillante contenido amarillo antes de volver a Jango—. Se parece a lo que recuerdo del antídoto, pero si nos equivocamos esto no va a acabar bien.

Jango le arrebató el frasco de las manos.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

Con un gesto irónico, se tragó el líquido con dos grandes tragos.

Zam cambió de un pie a otro.

—¿Estás bien?

—Dale un minuto —resopló.

—¿Qué tal ahora?

Jango se puso en pie.

—Tus modales nunca fueron tu fuerte.

Zam se cruzó de brazos.

—Tomaré eso como un sí. Ahora atraviesa ese muro.

Jango bajó los hombros e inclinó su columna hacia los estantes. Zam dio un paso atrás cuando el cohete se lanzó. Se estrelló contra la madera, provocando una lluvia de fragmentos astillados mientras la pared estallaba en una llamarada de gloria ardiente. Una oleada de calor retumbó en el estudio y Zam levantó los brazos para protegerse la cara de las quemaduras. En el momento en que el fuego disminuyó, Zam se lanzó a través del pasillo aún humeante.

—¿Piensas acompañarme? —gritó por encima del hombro.

Las amortiguadas pisadas de Jango resonaron detrás de ella mientras corría hacia el tenue rayo de luz que salía del final del túnel. Salió al interior de un estrecho hangar, donde había un speeder rojo bajo una ventana ovalada. La luz de la luna se filtraba a través del acero transparente, iluminando al verdadero Bovic mientras luchaba por abrir la cabina sellada.

—Oh, no, no lo harás —susurró Zam. Alineó su tiro y disparó a los controles de la esclusa de la nave. Antes de que Bovic pudiera darse la vuelta, accionó un interruptor y efectuó un segundo disparo, que aturdió a su objetivo hasta dejarlo rendido.

—¿Estás seguro de que no es otro cambiante? —dijo Jango mientras caminaba por el silencioso hangar.

Zam pinchó con un dedo enguantado la mejilla de Bovic. La carne blanca y pastosa no presentaba ningún indicio de color verde.

—Espero que no.

—Entonces vamos a atarlo y entregarlo al cliente. Lo creas o no, tengo mis propios objetivos que adquirir.

—Puedo llevarlo desde aquí. —Zam sacó de su cinturón un juego de correas y las sujetó a las muñecas de Bovic. Ella y Jango sacaron al hombre de gran tamaño del recinto ahora silencioso y lo cargaron en el speeder de Zam.

Una vez que su premio estaba asegurado, Jango ofreció un cortante saludo.

—Ya sabes dónde enviar mis créditos.

Zam inclinó la cabeza.

—Puede que quieras bajar tu porcentaje, dado el hecho de que te he salvado la vida.

—Tal vez lo haría, si no hubiera hecho lo mismo por ti.

Los cazarrecompensas asintieron a regañadientes. Zam mantuvo una mano en la empuñadura de su blaster mientras Jango caminaba rápidamente hacia su *Firespray* azul y plateado. No le cabía duda de que sus caminos volverían a cruzarse. Siempre lo hacían. De vez en cuando ayudaba tener un compañero… aunque fuera uno en el que nunca confiara del todo.

Fin